

las muestras. En sus relaciones con las mugeres vereis, como dice el mismo Xenofonte, vivir los esposos satisfechos, cuando la paz y una amistad decente reinaban en el interior de la familia; mirar con indulgencia alguna fragilidad que pudiera ser efecto de la tiranía de la naturaleza; cerrar los ojos sobre el irresistible poder de las pasiones, perdonar la primera debilidad, y olvidar la segunda. En sus relaciones con los extranjeros se les veia tambien prodigar los derechos de ciudadano á cualquiera que se trasladaba con su familia á vivir entre ellos, estableciendo un oficio ó una fábrica. En fin, se admirará cualquiera de su excesivo amor por la independenciam individual. En Lacedemonia, dice un filósofo, los ciudadanos corrian á auxiliar al magistrado cuando este los llamaba; pero un Ateniese se hubiera desesperado si se le hubiese creído dependiente del magistrado.

Sin embargo, como existian en Atenas otras muchas circunstancias que deciden del carácter de las naciones antiguas; como habia una poblacion esclava y un territorio muy limitado, no podian menos de tener vestigios de la libertad propia á las naciones antiguas. El pueblo hacia las leyes, examinaba la conducta de los magistrados, obligaba á Pericles á dar cuenta de su administracion, y condenaba á muerte á los generales, como sucedió con les que habian mandado en el combate de los Arginusas. Al mismo tiempo el ostracismo, arbitrariedad legal alabada por todos los legisladores de aquella época; el ostracismo, que nos parece y debe parecernos una iniquidad revolucionaria, prueba muy bien que el individuo estaba mucho mas esclavizado á la supremacia del cuerpo social de Atenas que lo está en nuestros tiempos en un estado libre de Europa.

De lo que acabo de decir resulta, que

nosotros no podemos gozar de la libertad de los antiguos, la cual se componia de la participacion activa y constante del poder colectivo. Nuestra libertad debe componerse del goce pacífico y de la independencia privada. La parte que en la antigüedad tomaba cada uno en la soberanía nacional, no era, como entre nosotros, una suposicion abstracta: la voluntad de cada uno tenia una influencia real; y el ejercicio de esta misma voluntad era un placer vivo y repetido: por consecuencia los antiguos estaban dispuestos á hacer muchos sacrificios por la conservacion de sus derechos políticos, y de la parte que tenian en la administracion del Estado; pues que conociendo cada uno con orgullo quanto valia su sufragio, encontraba en este mismo conocimiento de su importancia personal una amplísima indemnizacion.

Pero esta indemnizacion no existe hoy para nosotros: perdido en la multitud,

el individuo, casi no advierte la influencia que ejerce: jamas se conoce el influjo que tiene su voluntad sobre el todo, y nada hay que acredite á sus propios ojos su cooperacion. El ejercicio de los derechos políticos no nos ofrece, pues, sino una parte de los goces que los antiguos encontraban; y al mismo tiempo los progresos de la civilizacion, la tendencia comercial de la época, la comunicacion de los pueblos entre sí han multiplicado y variado al infinito los medios de la felicidad particular.

De aquí se sigue que nosotros debemos estar mas adictos que los antiguos á nuestra independencia individual; porque las naciones, cuando sacrificaban esta á los derechos políticos, daban menos por obtener mas, mientras que nosotros, haciendo el mismo sacrificio, nos desprenderíamos de mas por lograr menos.

El objeto de los antiguos era dividir el poder social entre todos los ciudada-

ños de una misma patria: esto era lo que ellos llamaban libertad. El objeto de los modernos es la seguridad de sus goces privados; y ellos llaman libertad á las garantías concedidas por las instituciones de estos mismos goces. He dicho al principiar, que por no haber advertido estas diferencias unos hombres, bien intencionados por otra parte, habian causado infinitos males durante nuestra larga y tempestuosa revolucion. No permita Dios que yo los cargue con amargas invectivas; su mismo error era excusable. No pueden leerse las mas bellas páginas de la antigüedad, donde se expresan las acciones de los grandes hombres, sin experimentar no sé que mocion de genio particular, que no tiene nada de moderno. Los viejos elementos de una naturaleza anterior, por decirlo asi, á la nuestra, parecen excitarse en nosotros al tiempo de tocar estas especies. Es muy difícil el no echar menos, y desear aque-

llos tiempos en que las facultades del hombre se desarrollaban en una direccion trazada anticipadamente, pero que producía el valor de los individuos, un convencimiento de la superioridad de sus propias fuerzas, y un sentimiento inconcebible de energia y de dignidad; por lo cual si uno se entrega á semejantes emociones, es imposible el no querer imitar aquello mismo. Esta impresion era profunda, sobre todo cuando nosotros vivíamos en unos gobiernos abusivos, que sin ser fuertes eran opresores, absurdos en principios, y miserables en su accion; gobiernos que tenian por recurso la arbitrariedad, por objeto el achicamiento de la especie humana, y que ciertos hombres á pesar de todo se atreven hoy á elogiar, como si jamas hubiésemos sido testigos y víctimas de su obstinacion, de su impotencia y de su destruccion. El objeto de nuestros reformadores fue sin duda noble y generoso.

¿Y quien de entre nosotros no ha advertido que palpitaba su corazon de esperanza al entrar en el camino que pareciban á abrir? Nadie: y es imposible tenga buenos sentimientos áquel que no advierta la necesidad de declarar, que el reconocer algunos errores de los cometidos por los que nos guiaron al principio, no es en manera alguna ni ajar su memoria, ni desaprobar las opiniones que los amigos de la humanidad han profesado de tiempo en tiempo.

Pero estos hombres habian sacado muchas de sus teorías de las obras de los filósofos, que habian ya confesado que sus doctrinas necesitaban las modificaciones que la experiencia de dos mil años habian enseñado al género humano. Quizá examinaré yo alguna vez el sistema del mas illustre de estos filósofos, que es Juan Jacobo Rousseau, y manifestaré, que trasportando á nuestros tiempos modernos una exteasion de poder social y

de soberanía colectiva, que pertenece á otros siglos, este genio sublime, á quien animaba el amor mas puro de la libertad, ha dado, no obstante esto, pretextos muy funestos para establecer un género mas de tiranía. A pesar de esto, me contentaré con censurar únicamente aquello que es indispensable, y seré circunspecto en mi refutacion, evitando asi el aumentar el número de los detractores de este grande hombre.

Pero no obstante, el interes de la verdad debe prevalecer sobre las consideraciones que hacen sumamente poderosos el brillo de un talento prodigioso y la autoridad de un renombre sin límites. Por otra parte, no es á Rousseau, como se verá, á quien principalmente debe achacarse el error que voy á combatir; pertenece mas bien á uno de sus sucesores, que aunque menos elocuente que él, no es sin embargo menos austero, y sí mil veces mas exagerado: este, que es

el abate Mably, puede ser mirado como el representante de un sistema que, conforme á las máximas de la libertad antigua, quiere que los ciudadanos esten sujetos enteramente para que la nacion sea soberana, y que el individuo sea esclavo para que el pueblo sea libre.

El Abate de Mably, como Rousseau y otros muchos, habia tomado del mismo modo que los antiguos, la autoridad del cuerpo social por la libertad; y todos los medios le parecian buenos para extender la accion de esta autoridad sobre aquella parte recalcitrante de la existencia humana, cuya independenciam tanto lamentaba. El sentimiento que manifiesta en todas sus obras es de que la ley no pueda extenderse sino á las acciones: hubiera él querido que hubiese comprendido hasta los pensamientos y acciones mas pasajeras, y que hubiese perseguido al hombre sin interrupcion alguna y sin dejarle ni aun un asilo en donde pudiese

escapar de su poder. Apenas advierte que en este ú otro pueblo, sea el que quiera, hay una medida opresiva, cuando ya cree haber hecho un descubrimiento, y le propone por modelo: detesta la libertad individual, como se detesta un enemigo personal; y cuando en la historia encuentra una nacion enteramente privada de ella, y en la que no hay ninguna libertad política, no puede menos de admirarla. Se extasia cuando habla de los Egipcios, porque entre ellos todo, como él dice, estaba arreglado por la ley: hasta sus desahogos, hasta sus necesidades todo se hallaba bajo el imperio del legislador: cada uno de los momentos del dia estaban ocupados por alguna obligacion; el amor mismo se hallaba sujeto á esta intervencion respetada, y la ley era la que abria ó cerraba las puertas de la cámara nupcial.

La Esparta, que reunia las formas republicanas para esclavizar á sus individuos, excitaba en el espíritu de este filósofo

sofo un entusiasmo mas vivo todavia. Aquel territorio, que propiamente podia llamarse un vasto convento, le parecia la idea mejor de una perfecta república. Por Atenas afectaba el mas grande desprecio; y hubiera dicho, segun creo, de esta nacion, la primera de la Grecia, lo que un Académico gran señor decia de la academia francesa « ¡ qué espantoso despotismo! todo el mundo hace aquí lo que quiere; » y es de advertir, que este gran señor hablaba de la academia tal como estaba hace treinta años.

Montesquieu, dotado de un espíritu mas preservador, porque tenia una cabeza menos acalorada, no cayó del todo en los mismos errores. Se admiraba de las diferencias que acabo de contar, pero no confundió su verdadera causa. Los políticos Griegos, que vivian bajo el gobierno popular, no reconocian, dice él, otra fuerza que la de la virtud. Los de hoy no nos hablan sino de manufacturas,

de comercio, de rentas, de riquezas, y aun de lujo. Atribuye esta diferencia á la república y á la monarquía; pero esto consiste en el espíritu opuesto de los tiempos antiguos y modernos. Ciudadanos de las repúblicas, y súbditos de las monarquías, todos quieren gozar de cierta clase de bienes y comodidades, y ninguno puede dejar de quererlos en el estado actual de las sociedades. El pueblo mas adicto en nuestros tiempos á su libertad, antes que la Francia obtuviera la suya, era tambien el pueblo mas adicto á todos los goces de la vida; y la razon principal de amar la libertad era principalmente porque veia las garantías de aquellos mismos goces que tanto queria. Antiguamente, en donde habia libertad, podian soportarse las privaciones; pero en el dia, donde se encuentran estas, es necesaria la esclavitud para resignarse. Hoy seria mas posible hacer de un pueblo de esclavos uno de Esparcia-

tas, que formar á los Esparciatas por la libertad.

Los hombres que por la diversidad de acontecimientos se encontraban á la cabeza de nuestra revolucion, estaban imbuidos, por una consecuencia necesaria, de la educacion que habian recibido, de ciertas opiniones antiguas é ideas falsas que habian presentado con otro carácter los filósofos de que he hablado. La metafísica de Rousseau, en medio de la cual aparecían como relámpagos ciertas verdades sublimes y los pasages de una elocuencia encantadora; la austeridad de Mably, su intolerancia, su odio contra todas las pasiones humanas, su ansia para esclavizarlas todas, sus principios exagerados sobre la competencia de la ley, sus declamaciones contra las riquezas y aun contra la propiedad, todas estas cosas debian entusiasmar á los hombres ya acalorados por una victoria reciente, y que conquistadores del poder

legal, deseaban extenderle sobre todos los objetos. Asi, era para ellos una autoridad preciosa el que dos escritores desinteresados en la cuestion, pronunciando anatema contra el despotismo de los hombres, hubiesen reducido á axioma el texto de la ley. Quisieron por consiguiente ejercitar la fuerza pública en la misma forma, que segun sus maestros se habia ejercido en los pueblos libres. Creyeron que todo debia ceder en presencia de la voluntad colectiva, y que todas las restricciones individuales serian ampliamente compensadas por la participacion en el poder social.

Público es á todos lo que de esto ha resultado: las instituciones libres apoyadas sobre el conocimiento del espíritu del siglo hubieran podido subsistir; pero á pesar de todo, el edificio renovado de los antiguos ha caído, sin embargo de los esfuerzos y de muchos actos heroicos que tienen derecho á ser admirados: y

esto consistió en que el poder social heria en todo sentido la independenciam individual sin destruir las necesidades. La nacion no encontraba que la parte ideal de una soberanía abstracta valiese los sacrificios que se la exigian. En vano se le repetia con Rousseau « que las leyes de » la libertad son mil veces mas austeras » que el duro yugo de los tiranos, » porque ella no queria semejante austeridad; y reducida al cansancio, creia algunas veces que seria preferible aquel mismo yugo. Pero la experiencia ha venido á desengañarla; porque ha visto que la arbitrariedad de los hombres era peor todavía que las malas leyes; pues que estas siquiera tienen algun límite.

Si he llegado á convencer sobre la diversidad de la libertad de los modernos y de los antiguos por medio de los hechos que acabo de referir, no podrá menos de reconocerse conmigo la verdad de los principios siguientes. « La independenciam

» individual es la primera necesidad de » los modernos; por consecuencia no se » puede pedir el sacrificio de ella para » establecer la libertad política. » De esto tambien se sigue « que ninguna de » las muchas instituciones tan decantadas que en las repúblicas antiguas » oprimian de algun modo la libertad » individual, es admisible en los tiempos modernos. » Esta verdad me parece superfluo establecerla: muchos gobiernos en nuestros tiempos no parecian inclinados á imitar las repúblicas de la antigüedad: sin embargo, por muy poco afecto que hayan tenido á las instituciones republicanas, hay ciertas costumbres de esta clase hácia las cuales han experimentado, sin poderlo remediar, cierta especie de gusto, y es muy doloroso que sea precisamente por aquellas que permiten el destierro, el despojo, etc. Me acuerdo que en 1810 se propuso en una ley, que trataba de los tribunales



especiales, un artículo que introducía en Francia el ostracismo griego; y son muy notables los discursos de una multitud de elocuentes oradores, que para hacer admitir este artículo, lo cual no consiguieron, nos hablaron de la libertad de Atenas y de todos los sacrificios que los individuos debían hacer para conservarla. Por la misma razón, en una época bien reciente, y cuando las autoridades llenas de temor procuraban dirigir con una mano tímida las elecciones á su antojo, un periódico, que no está tachado de republicanismo, procuró hacer revivir la censura romana para alejar los candidatos peligrosos. Creo no empeñarme en una digresion inútil, si en apoyo de mi asercion digo alguna cosa de estas dos instituciones de que tanto se ha hablado.

El ostracismo en Atenas se fundaba en la hipótesis de que la sociedad tiene una autoridad absoluta sobre sus miembros. En esta hipótesis podia ser justifi-

cado en alguna manera en un pequeño estado, en que la influencia de un individuo de mucho crédito, de su clientela y de su gloria balanceaba muchas veces el poder de toda la masa. En tal caso, el ostracismo podia tener alguna apariencia de utilidad. Pero entre nosotros, los individuos tienen ciertos derechos que la autoridad debe respetar; y la influencia individual se pierde de tal modo, como ya tengo observado en otra parte, en una multitud de influencias iguales ó superiores, que toda vejacion motivada sobre la necesidad de disminuir esta influencia es inútil, y por consecuencia injusta. Ninguno tiene derecho de desterrar un ciudadano, si no está condenado legalmente por un tribunal regular en virtud de una ley formal que designe la pena del destierro á la accion de que él se ha hecho culpable. Ninguno tiene derecho de arrancar al ciudadano de su patria, al propietario de sus bienes, al

negociante de su comercio , al esposo de su esposa , al padre de sus hijos , al escritor de sus meditaciones estudiosas , y al viejo de sus hábitos ó costumbres. Todo destierro es un atentado político , todo destierro pronunciado por una asamblea por pretendidos motivos de salud pública , es un crimen de esta asamblea contra la misma salud pública , que no consiste sino en el respeto de las leyes , en la observancia de las fórmulas , y en sostener las garantías.

La censura romana suponía como el ostracismo un poder discrecionario. En una república , en la que todos los ciudadanos , mantenidos por la pobreza en una sencillez extrema de costumbres , habitaban en la misma ciudad , no ejercían profesion alguna que desviase su atención de los negocios del Estado , y se encontraban continuamente espectadores y jueces del uso del poder público ; la censura podría por una parte tener

mas influencia , y por otra la arbitrariedad de los censores estaba contenida por una especie de inspeccion y vigilancia moral que se ejercía contra ellos ; pero en el momento que la extension de la república , la complicacion de las relaciones sociales , y el refinamiento de la civilizacion quitaron á esta institucion aquello que le servía de base y límite á un mismo tiempo , la censura degeneró aun en Roma ; porque no era esta la que habia creado las buenas costumbres , sino que lo que constituía su poder y eficacia era la misma sencillez de las costumbres.

En una nacion como la nuestra , una institucion tan arbitraria , cual es la censura , sería , al mismo tiempo que ineficaz , intolerable. En el estado presente de la sociedad , las costumbres se componen de ciertos matices muy finos y ondulantes , que se desnaturalizan de mil maneras , si se intenta darles la mas